“María de La Salette nos invita a celebrar el día del Señor”

Al término de este año en el que se conmemoran los 180 años de la aparición de Nuestra Señora de La Salette (19 de septiembre de 1846), proseguimos nuestra reflexión sobre la espiritualidad de La Salette. Nuestro fundador, el venerable Padre Jean Berthier, captó, en el grito materno de la Virgen, una urgencia pastoral absoluta: despertar la fe en las familias, santificar la vida doméstica y, en el corazón de un mundo secularizado, suscitar vocaciones ardientes a la vida consagrada.

En los relatos de la aparición en el monte de La Salette, María dirige un llamado directo y apremiante respecto a la santificación del domingo. Dirigiéndose a los dos jóvenes pastorcitos, Maximin y Mélanie, expresa, entre lágrimas, el lamento divino: «Os he dado seis días para trabajar, me he reservado el séptimo y no me lo quieren conceder. Es esto lo que tanto pesa al brazo de mi Hijo». Ella deplora que la profanación del Día del Señor y las blasfemias se encuentren entre las causas principales de las desgracias que afligen al pueblo. Observa, en particular, que muchos descuidan la Santa Misa para dedicarse al trabajo dominical, relegando a Dios a un papel secundario en su existencia.

Sin embargo, este llamado mariano va mucho más allá de una simple observancia religiosa. Invita a los creyentes a redescubrir la centralidad de Dios en sus vidas, a renovar la alianza con Cristo resucitado y a hacer del domingo un día dedicado a la oración, a la comunión fraterna, al descanso santificado y al servicio de la caridad. Para nosotros, Misioneros de la Sagrada Familia, herederos espirituales del Padre Jean Berthier y profundamente vinculados al mensaje de La Salette, este llamado asume un significado del todo particular. In una sociedad marcada por el activismo, la dispersión y una creciente secularización, permanecer fieles al Día del Señor aparece como un signo profético de consagración y un medio privilegiado para nutrir la vida espiritual, comunitaria y misionera.

Por consiguiente, surge espontáneamente una interrogante: ¿qué impacto ejerce hoy el mensaje de Nuestra Señora de La Salette, relativo a la santificación del Día del Señor, sobre la vida espiritual, comunitaria y misionera de los Misioneros de la Sagrada Familia? Al responder a esta cuestión, buscaremos mostrar cómo el llamado de María constituye no solo un recordatorio de las exigencias fundamentales de la vida cristiana, sino también una invitación a renovar la fidelidad a nuestros carismas, a través de una vida centrada en la Eucaristía, en la comunión fraterna, en la contemplación y en el compromiso misionero al servicio de las familias y de la Iglesia.

1. El mensaje de La Salette: un llamado a la conversión del tiempo

El mensaje de Nuestra Señora de La Salette (1846) lanza un vibrante llamado a la conversión a través de una recta santificación del tiempo. En el centro de la aparición, la Virgen María denuncia la profanación del domingo, signo de un creciente alejamiento de Dios en la vida cotidiana. Ella deplora en particular el trabajo dominical realizado sin necesidad, la negligencia al participar en

la Misa, la pérdida del sentido de la oración, así como la fractura entre la fe profesada y la vida concreta. El descanso dominical no es una simple interrupción: a ejemplo del Creador, que descansó el séptimo día después de seis días de creación, el hombre está invitado a tomar aliento y a dar gracias por su trabajo, en cuanto colaborador de Dios (Éxodo 20, 8-11). Frente a una fatiga que corre el riesgo de transformarse en esclavitud, este día santo se convierte en un espacio de auténtica liberación, destinado a restaurar la dignidad humana y a congregar a un pueblo según el corazón de Dios (Gén 2, 1; Éx 23, 12; Deut 5, 12).

La invitación de la Virgen es clarísima: volver a Dios devolviendo al Día del Señor su lugar central en la existencia humana. No se trata de una mera norma disciplinaria o de un simple obligación moral, sino de un auténtico camino de sanación espiritual. Santificando el tiempo, y en particular el domingo, el creyente se reconecta con la fuente de su propia vida, recopila la armonía entre su relación con Dios y las actividades cotidianas, y redescubre el sentido profundo de su existencia. Así, el mensaje de La Salette propone el respeto del domingo como medio privilegiado para restaurar la comunión con Dios y renovar la vida cristiana.

2- El llamado a la santificación del domingo: mensaje profético para la vida religiosa hoy

Para la vida religiosa contemporánea, el mensaje de La Salette resuena con una fuerza particularmente profética. En nuestros días, las comunidades religiosas no son inmunes a ciertas derivas que caracterizan también a la sociedad actual: el activismo excesivo, la dispersión interior, la pérdida del sentido del descanso sagrado, el debilitamiento de la vida litúrgica y la progresiva separación entre compromiso misionero y contemplación.

El llamado de María busca unificar la vida interior y la vida apostólica, a fin de que los religiosos sean testigos creíbles del Evangelio. En un mundo a menudo agotado por la búsqueda del rendimiento y la aceleración de los ritmos de vida, ellos están llamados a convertirse en verdaderos profetas del sentido del domingo, manifestando con su propia existencia que el descanso en Dios, la comunión fraterna y la celebración del misterio pascual conducen a la libertad y a la plenitud. Por lo tanto, La Salette no ofrece un simple recordatorio moral; se trata de una verdadera escuela de vida espiritual, particularmente adecuada para los desafíos contemporáneos de la vida religiosa.

En este contexto, el mensaje de la Virgen María aparece como un verdadero programa de formación permanente. Recuerda que la misión puede dar frutos duraderos solo si está arraigada en una profunda comunión con Dios. La santificación del tiempo, la fidelidad a la oración, la participación activa en la liturgia y la acogida del descanso como lugar de encuentro con el Señor constituyen aspectos esenciales de la maduración espiritual y apostólica. Por lo tanto, la fecundidad de la vida religiosa no deriva simplemente de la intensidad de nuestras acciones, sino de la calidad de nuestras relaciones con Dios, alimentada por la vida litúrgica y por el respeto al ritmo sagrado. Como dijo Jesús: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5).

3. Tres directrices para la formación religiosa inspiradas por la aparición de la Virgen en La Salette

a. Redescubrir la teología del domingo.

Entre las enseñanzas de La Salette, el redescubrimiento de una auténtica teología del domingo ocupa un lugar central. Para los religiosos y los sacerdotes, el domingo no puede reducirse a un simple día de descanso o a un tiempo libre en la agenda semanal; es ante todo un don de Dios, consagrado al encuentro con Cristo risorto y a la celebración de la comunión eclesial. Memorial vivo de la Resurrección, el domingo constituye el sacramento del tiempo nuevo, que da forma y orientación a la vida interior, a la fraternidad y al compromiso misionero.
En una perspectiva de formación permanente, es esencial ayudar a las personas consagradas a profundizar en el significado teológico, espiritual y pastoral del Día del Señor.
Este recorrido puede valerse del estudio de la carta apostólica Dies Domini de san Juan Pablo II, de momentos de revisión comunitaria de las prácticas dominicales y de un redescubrimiento del descanso, entendido no como una simple interrupción de las actividades, sino como un acto de fe, de abandono y de confianza en Dios. De este modo, la fidelidad al Día del Señor se convierte en una escuela de conversión permanente, que unifica la oración, la vida fraterna y el apostolado a la luz del misterio pascual.

b. Formar en una liturgia vivida como fuente y culmen.

En la perspectiva de la formación religiosa, La Salette recuerda con fuerza que la Misa dominical no es un mero deber, sino un encuentro vivo con Cristo resucitado, fuente y culmen de toda vida consagrada. Tal convicción invita a las comunidades y a los presbíteros a cuidar la liturgia y a vigilar la calidad de las celebraciones. La formación permanente debe poner el acento en el arte de celebrar, a fin de que la belleza, la dignidad y la autenticidad de los ritos puedan despertar la participación interior de cada uno. Asimismo, recuerda la importancia de una predicación dominical esmerada, capaz de iluminar la cotidianidad a la luz del Evangelio. El mensaje de La Salette invita, por lo demás, a cultivar una real coherencia entre la liturgia celebrada, el silencio contemplativo, el trabajo diario y el compromiso apostólico, con el fin de evitar toda fragmentación de la existencia religiosa. Así, la adquisición de un ritmo comunitario estable –articulado en torno a la oración, la fraternidad, el descanso y la misión– permite hacer de la Eucaristía dominical el corazón vivo que une y nutre toda la vida consagrada.

c. Educar en la conversión del estilo de vida.

Un tercer ámbito de formación, inspirado en el mensaje de La Salette, se refiere al aprendizaje de una verdadera ascesis del tiempo. Al recordarnos la importancia de santificar el domingo, la Virgen nos enseña el arte de detenerse: saber poner límites al activismo apostolico, cultivar la gratuidad

en las relaciones y privilegiar la fraternidad comunitaria. En un contexto en el que la eficiencia y la productividad amenazan con invadir cada espacio de la vida consagrada, esta disciplina espiritual se convierte en una escuela de libertad interior y de fidelidad a la primacía de Dios. La formación permanente puede, por tanto, proponer talleres sobre la gestión del tiempo, momentos de discernimiento comunitario respecto al exceso de actividad y a los riesgos de sobrecarga apostólica, así como un acompañamiento espiritual que favorezca la unificación de la persona. Armonizando oración, trabajo, misión y descanso, este camino orienta nuestra vida según el ritmo mismo del Evangelio. En esta óptica, el domingo no es solamente un tiempo de descanso, sino un espacio de regeneración espiritual y fraterna que renueva la relación con Dios, con los hermanos y con la misión.

4. a. El Espíritu de Nazaret al servicio del Día del Señor

¿Cómo responderemos, en cuanto Misioneros de la Sagrada Familia, a este lamento de la Madre de Dios? Nos alimentamos de la sabiduría apostólica de nuestro fundador, el Venerable Padre Jean Berthier, quien nos ofrece la clave divina: el espíritu de Nazaret. Miremos a la Sagrada Familia: en Nazaret, Jesús, María y José vivían en un clima de oración continua, de obediencia gozosa, de trabajo santificado y de paz. La casa de Nazaret es el modelo perfecto de Iglesia doméstica, donde el Nombre de Dios es continuamente bendecido y donde el día del Señor se celebra con fervor.
Hoy en día, las familias cristianas afrontan desafíos formidables: una secularización galopante, el debilitamiento de los lazos familiares, ritmos de vida frenéticos y un profundo cansancio dominical, en el que el domingo es devorado por actividades comerciales, entretenimiento profano o el aislamiento digital. Frente a este agotamiento, el espíritu de Nazaret se convierte en un bálsamo sanador: permite a la familia redescubrir que la santificación del domingo no es un vínculo legalista sofocante, sino un oasis de libertad, una parada bendita en la que el núcleo familiar se nutre de las fuentes de la gracia divina. Como escribía el padre Jean Berthier en su obra Le Jeune homme comme il faut ("El joven como es debido"), la santificación del día del Señor dona salud al cuerpo, preserva el espíritu de la materialización, aviva la caridad en familia y difunde la bendición divina sobre el trabajo y sobre los hogares durante todo el transcurso de la semana.

b) La pastoral familiar y la santificación del hogar

La familia cristiana está llamada a convertirse en el santuario en el que se aprende nuevamente a honrar a Dios. Es en familia donde los hijos deben escuchar por primera vez el nombre de Jesús pronunciado con reverencia, en contraposición a las blasfemias del mundo. Es entre los muros domésticos, en la intimidad del hogar, donde desde la más tierna edad se transmite la belleza del misterio de la Misa dominical.

Los cuatro pilares de la santificación dominical, que nosotros los Misioneros de la Sagrada Familia estamos llamados a promover en las familias que acompañamos, se unen en una visión cristiana integral del domingo. Este día santo encuentra sus raíces, en primer lugar, en la asamblea

eucarística, culmen de la semana, en la que toda la familia se reúne para escuchar la Palabra de Dios y participar del Pan de Vida, para encontrarse así con Cristo resucitado. Es también un tiempo de descanso para el cuerpo y para el espíritu, caracterizado por una ruptura con las preocupaciones profesionales, la carrera del consumo y las múltiples actividades que obstaculizan el encuentro y la escucha mutua.

En tercer lugar, el domingo debe favorecer también la oración en familia, restableciendo dentro del hogar una verdadera comunión espiritual a través de momentos de oración compartida, en particular mediante el rezo del Padre Nuestro y del Ave María. Finalmente, debe convertirse en un día privilegiado para la caridad y la reconciliación, en el que cada uno se comprometa a vivir el perdón, a fortalecer los lazos familiares y a abrirse fraternalmente a las personas solas, a los pobres y a los enfermos. Vivido de este modo, el domingo se convierte verdaderamente en el Día del Señor, fuente inagotable de renovación espiritual para las familias y testimonio vivo del Evangelio.

c. La Vida Comunitaria religiosa como Testimonio

Para poder predicar con credibilidad estos pilares a las familias, debemos ante todo encarnarlos dentro de nuestras comunidades MSF. Nuestras casas religiosas deben convertirse en espejos del espíritu de Nazaret. Viviendo una Eucaristía ferviente, un descanso santificado, la oración compartida y la caridad fraterna, nos convertimos en testigos auténticos, capaces de atraer e inspirar a las familias que nos rodean.

Frente al vacío espiritual del mundo, nuestras comunidades deben encarnar la alegría radiante del Día del Señor. Que nuestros domingos comunitarios no sean simples días de descanso pasivo o de repliegue sobre sí mismos: que sean, en cambio, verdaderas fiestas de la fraternidad, vividas a través de la Liturgia de las Horas celebrada con fervor, una Eucaristía comunitaria radiante, una mesa compartida en la alegría fraterna y una caridad renovada. Es a través de la santidad y de la alegría de nuestra vida comunitaria como nos convertiremos en testigos creíbles de la reconciliación anunciada en La Salette.

Conclusión

Al término de esta reflexión, el mensaje de Nuestra Señora de La Salette sigue siendo un llamado siempre actual: volver a poner a Dios en el centro de la vida personal, comunitaria y familiar a través de la santificación del Día del Señor. Las lágrimas de María no son un simple lamento ante la indiferencia del mundo, sino una invitación llena de esperanza a regresar al camino de la conversión, de la reconciliación y de la comunión con su Hijo.
Para nosotros, Misioneros de la Sagrada Familia, este llamado se vincula con la intuición espiritual y apostólica del venerable Padre Jean Berthier, nuestro fundador. Contemplando a la Sagrada Familia de Nazaret, descubrimos que el domingo va más allá de la simple noción de día de descanso: es el día de Cristo resucitado, el día de la familia, el día de la fraternidad y el día de la

misión. En la fidelidad a la Eucaristía, en la oración comunitaria, en el descanso santificado y en la caridad fraterna es donde encontramos la fuerza de nuestra consagración y la fecundidad de nuestro compromiso apostólico.

Estamos, asimismo, llamados a convertirnos en educadores y testigos del sentido cristiano del domingo para las familias que acompañamos. Promoviendo la asamblea eucarística, la oración en familia, el descanso vivido en Dios, la reconciliación y el servicio a los más pobres, contribuimos a hacer de los hogares verdaderas «Nazaret de hoy», donde la presencia de Dios ilumina la vida cotidiana y fortalece los lazos familiares.

En una época marcada por la secularización, el activismo y la pérdida del sentido de lo sagrado, nuestras comunidades MSF están llamadas a convertirse en signos proféticos. Viviendo con alegría y autenticidad el Día del Señor, ellas testimonian que la verdadera fecundidad misionera nace de la comunión con Dios y que el descanso en Él no es una pérdida de tiempo, sino una fuente de vida, de libertad y de paz. Así, fieles al espíritu de Nazaret y al mensaje de La Salette, podemos continuar recordando a las familias y al mundo que el domingo es un don de Dios, un tesoro para la Iglesia y una vía privilegiada de santificación.

Que Nuestra Señora de La Salette y la Sagrada Familia de Nazaret nos obtengan la gracia de vivir plenamente el Día del Señor, a fin de que nuestras comunidades religiosas, nuestras familias y nuestras misiones se conviertan en lugares donde Dios sea amado, celebrado y glorificado.

P. HERY Michel Hermann MSF